

Sin faltar en aquesta competencia
En cualquier necesaria coyuntura,
Y por dicho favor y diligencia,
El dicho Luis de Nava tuvo cura,
Aunque por ser pesada la dolencia
Poder escapar della fué ventura;
Y aun si hoy vital aura lo gobierna
Andará cojeando de una pierna.

Estando pues allí donde la vida
Le dieron en el charco referido,
Se recogió la gente divertida
Y las reliquias vivas del vencido,
Así heridos como sin herida,
Porque la multitud del atrevido
Jeho cruel, con indomable pecho,
Aun no se contentaba con lo hecho.

Desde los vivos fueron congregados,
Hallaron que faltaban muchos buenos
Y estaban de sus armas cercenados
Aquellos que vinieron dellas llenos.
Los hijos de Orozco congojados
La prenda paternal echaron menos:
Preguntan, y afirmó testigo cierto
Que con los demás muertos quedó muerto.

Aquesta certidumbre les aumenta
Las penas, las fatigas, los enojos;
La muerte desastrada se lamenta
Y el quedarse por bárbaros despojos:
Era su dolor tanto, que revienta
Por boca de los dos y por los ojos,
Y tales son los dichos y los hechos,
Que hacen impresion en otros pechos.

Dijo el menor al otro: «¿Qué hacemos
Llorando sin provecho ni esperanza?
Cumplamos con aquello que debemos
Tomando destes barbaros venganzas,
Pues el cómodo tiempo que tenemos
Podríase perder con la tardanza;
Vamos, ya muerte venga, ya nos huya,
Y no queramos vida sin la suya.»

Dijo, y ambos á dos, como leones
Hambrientos que saltan las manadas,
Rompieron por aquellos escuadrones
De gentes con victorias levantadas,
Y en los de mas gallardas proporciones
Iban ensangrentando las espadas:
Matan á Marocinda, Sanga, Toche,
Y Panto vió su fin y eterna noche.

Andando de los dos la punta aguda
Intestinos y entrañas descubriendo,
Sin esperar favor que les acuda
En riesgo y en peligro tan horrendo,
Acudió don Luís con buen ayuda
Poniendo duros frenos á Coendo,
El cual venia contra los hermanos
Con nube furiosa de paganos.

El don Luís los suyos sollicita
Usando de caudillo diligente;
Con obras y palabras los incita,
Pero los mas pelean flojamente
Por el cansancio grande que les quita
Las fuerzas y el calor del sol ardiente,
Bien que con arcabuces hacen tiros
No todos con mortíferos suspiros.

Y Anton Bocanacha, negro arcabucero,
El serpiente del arcabuz aprieta
Contra Jeho que sale delantero
Llamándole de perro negro jeta;
Pero la flecha que salió primero
En la coce le dió del escopeta,
Y fué la punta della de tal arte,
Que la coce pasó de parte á parte.

Al fin el barbarismo prevalece,
Y vista la pujanza y el estruendo,
Y que la multitud de indios crece,
Y los cristianos iban descreciendo,
Al don Luís de Rojas le parece
Irse su poco á poco retrayendo,
Llevando por delante recogidos
Así los sanos como los heridos.

Mas no por eso la canalla para,
Pues como victorioso los aqueja;
Y entre tanto que el bárbaro dispara
Y la gente de á pié dellos se aleja,
Los de caballo van haciendo cara
Al escuadron que punto no los deja
Por arcabucos y por partes rasas,
Hasta que los metieron en sus casas.

Y como gentes de temor exentas,
A voces dicen: «Esperad, gallinas,
Para que rematemos nuestras cuentas
Al son de las cornetas y bocinas.»
Esto decian y otras mil afrentas
Que de poner en letras son indinas,
Porque de las naciones es aquesta
La mas desvergonzada y deshonesta.

Después que los metieron en los puertos,
Revuellen los del bárbaro rebaño
A ver sus casas y hacerse ciertos
De su bien ó su mal ton desengaño:
Remanecieron muchos indios muertos
Sin que pensasen ser tanto su daño;
Recogen á difuntos sus parientes
Poniéndoles renombres eminentes.

Pues aunque nunca gocen de victoria,
De los indios que mueren en la guerra
Dicen los vivos ser cosa notoria,
Digo los moradores desta sierra,
A aquella muerte ser la mayor gloria
Que les puede venir sobre la tierra:
Y así les cantan por algunos dias
Sus grandes hechos y sus valentías.

Y en una barbaoca se procura
Al cuerpo suponer brasas ardientes,
Y recoger en vasos la grosura,
Por ministros que tienen competentes,
La cual beben en tanto questo dura
Los mas aventajados y valientes;
Después dan al sepulcro la ceniza,
A la cual su linaje solemniza.

Y de los españoles hecha cuenta
De los muertos á manos y heridos,
Huidos de la haz sanguinolenta,
Hallaron ser entonces fallecidos
Número que pasaba de noventa,
Todos los mas de los recién venidos,
Sin los que remediaron cirujanos,
O mancos de los piés ó de las manos.

Esteban de las Alás, cuando llano
Pensó quedar el bárbaro guerrero,
Oyó que lo dejaban mas ufano,
Y en muy peor estado que primero,
Y cómo convenia mayor mano
Para domar esfuerzo tan entero,
Y tomar las católicas banderas
Aquesta punición mas á las veras.

Considerando pues que no cumplia
Dejar en tantos riesgos aquel puerto,
Quiso con don Luís, que lo pedia,
Efectuar aquel primer concierto,
Y así dejó bastante compañía
Para se defender del indio yerto,
Y despidiéndose de los vecinos
Adelante prosigue sus caminos.

Viéndose don Luís con mas pujanza,
A la fortuna quiere dar un tiento,
Y para tener cierta la venganza
Fatigaba su buen entendimiento;
Y como yo también tengo la lanza
Cansada del pasado rompimiento,
Quiero primero que el suceso diga
Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa Marta; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificación acontecieron.

Los hombres honorosos que declinan
Del punto adonde estaban colocados,
Cuando contrarias partes arruinan
Honos que tenían granjeados,
Siempre sus pensamientos encaminan
A verse satisfechos y vengados,
Y mas si quien padece tal afrenta
Tiene superior á quien dar cuenta.

Pues como don Luís de Rojas era
Estimado varon y bien nacido,
Y de los bárbaros desta frontera
Fué su sobrino muerto y él vencido,
Deseaba de cualquiera manera
Cobrar algo del crédito perdido,
Porque muchos de fuera hacen pausa
Juzgando los efectos sin la causa.

Y cuando para dar un estampida
El orden mas sin riesgo tantearon,
En gente de los bondos atrevida,
Que también sus venganzas deseaba,
Supieron el armada ser partida,
Pero no del presidio que quedaba;
Y así hasta quinientos indios diestros
Determinaron dar sobre los nuestros.

Con intenciones malas y protervas
Se disponen el viejo y el mancebo;
Son guías de las pérdidas catervas
Coendo, Gamita, Maciringo, Jeho;
Y cuando ya las rociadas verbas
Enjugaba calor del claro Febo,
Ocuparon los bajos y los altos
Para dar en el pueblo los asaltos.

Hacen ostentacion de su tesoro
Puestos brazales, pectos, orejeras,
Con otras diferentes joyas de oro
Para cebar las gentes estranjeras;
Daba su resplandor luz y decoro
Al escuadron que va por las laderas
Cuando lucido rayo del oriente
Hiere las diademas de la frente.

Al claro manifiestan sus corajes
El meneo feroz y la postura,
Y aquellos sagitíferos carcajes
Cuyo veneno no consiente cura;
Todos con superbisimos plumajes,
Como de carrizal gran espesura
Cuando vellosos por las partes sumas
Producen tallos que parecen plumas.

Llegados á las partes mas vecinas,
Subidos en cerrillos y peñoles,
Tocaron las cornetas y bocinas,
Cóncavos y marinos caracoles,
Llamando por sus nombres de gallinas
A los mas conocidos españoles,
Con un título mas tan sin vergüenza
Que por su fealdad no se comienza.

Alborotóse la cristiana gente,
Y quisieron los mas aperecebidos
Al encuentro salir incontinente,
Porque les ofendian los oidos;
Mas don Luis de Rojas no consiente
Sino tener los suyos abscondidos,
Para que crean, viendo cobardía,
No ser mas gente de la que solia.

Porque los españoles presumian
Estar todos los indios ignorantes
De las defensas nuevas que tenían,
Sino que se quedaban como antes,
Y en hecho de verdad no lo sabian;
Y si como venian elegantes
Entraran en el pueblo con sus galas,
Mas de cuatro déjaran las chagualas.

Mas pajecillo vil del tesoro
Recorrió los retretes y recodos,
Ladino, mas al parecer sincero;
Y tuvo tal ardid y tales modos
Que sin faltar primero ni postrero
Con granos de maiz los contó todos,
Y hecho cerca desto lo que quiso
A Jeho dió los granos y el aviso.

Vistós los granos, lo demás pregunta,
Y la respuesta fué no sin fastidios;
Porque mirada bien, della barrunta
Tener el puerto ya buenos presidios,
Y desta causa congregarse junta
Para les imponer nuevos subsidios;
Y así volvieron no con pasos lerdos
A Bonda por tomar nuevos acuerdos.

Idos los indios, hubo gran consulta
Entre los españoles de mas suerte,
En parte que sabian ser oculta
Para que lo que cumple se concierte;
Y al fin de parecer comun resulta
Primeramente levantar el fuerte,
Pues para proceder mas adelante
Era negociacion muy importante.

Previene necesarios materiales,
Sin que ladinos indios los entiendan,
Y diestros y peritos oficiales
Que las obras del fuerte comprehendan,
Con doscientos soldados principales
Para que de los indios los defiendan;
Y Castro, Torquemada, Campuzano
Y don Antonio guian esta mano.

Luego pusieron manos en la obra
Con gran hervor y viva diligencia;
Pereza falta y el deseo sobra,
Vela la discrecion y la prudencia;
Mas todo se hacia con zozobra
Por la cotidiana resistencia
De bárbaros que tienen por injuria
El no mostrar allí toda su furia.

En esto se deleitan y recrean
Para les estorbar lo que pretenden,
Y aunque con arcabuces los ojean,
Son poca parte para que se enmienden;
Unos labran al fin y otros pelean,
Y el fuerte defendiendo los ofenden,
Pues cuantas veces son acometidos
Quedaban nueve ó diez indios tendidos.

Y aun entre muchos dias hubo dia,
Segun hombre de vista representa,
Que de la porfiada compañía
Quedaron sin la vida mas de treinta;
Mas no por eso cesa la porfia
De la bestialidad sanguinolenta,
Porque el mas flaco destas gentes todas
Reñir y pelear tiene por bodas.

Viendo pues su maldad tan obstinada
Sin dia reposar desta contienda,
Determinaron una madrugada
Poner á su furor alguna rienda,
Acometiéndoles con emboscada
Donde ninguno dellos se defienda
De los caballos diestros, si por caso
Los pudiesen sacar mas á lo raso.

Hay un monte que poco se desvia
De los ranchos que tienen fabricados,
Donde sin esperar la luz del dia
Entraron á caballo bien armados
Don Antonio y Bartolomé Garcia,
Y otros cuatro bien acreditados,
Para que si los indios acudiesen,
Los seis á las espaldas respondiesen.

Y si bajasen del cerro cercano,
Que del fuerte distaba poco trecho,
Mostrasen los demás tibia la mano
Por ensoberbecelles mas el pecho,
Porque los caballeros en lo llano
Les pudiesen herir mas á provecho,
Y allí la furiosa destemplanza
Ensangrentase filos de la lanza.

Después que se hicieron los conciertos,
Entraron cuando mas obscuro era,
Esperando que salga por los puertos
La mas lucida lumbre de la esfera:
Los caballos armados y cubiertos
De pechos, faldas, ancas y testera,
Los cuales, según el silencio tienen,
Parece barruntar á lo que tienen.

Al tiempo pues que la lumbre
Los rayos por las sierras destina,
Vieron cómo bajaba de la cumbre
Armada y arriscada compañía,
Según y como tienen de costumbre,
Y por el orden mismo que solia;
Todos al cerro van primeramente
A fin de descubrir aquella frente.

Subido Jebo con escuadron luengo
Dió voces al ejército cristiano,
Diciendo: «Ya sabeis á lo que vengo,
Subid, gallinas, daros hemos grano,
Y pues que me pedis de lo que tengo,
Estos regalos salen de mi mano.»
Con esto ladeó sus hombros anchos,
Cuya flecha llegó hasta los ranchos.

No fué cualquiera dellos menos presto
Con la grita que suelen y algazara;
Y visto por los españoles esto,
Veinte y cinco peones hacen cara,
Llegando con rodela al recuesto,
Del cual bajan los indios como jara,
Porque viendo tan pocos, están ciertos
Que podían contallos con los muertos.

Todos acuden al número poco,
Y los cristianos por sacallos fuera,
Ibanse retrayendo poco á poco,
Por apartallos mas de la ladera;
Y por los alcanzar el indio loco
A los caballos dió llana carrera;
Y en oyendo las señas que desean
Baten las piernas recio y espolean.

Menéase con buen aire la lanza
De jerifaltes sueltos en la priesa,
Cada cual de los seis á quien alcanza
Las espaldas y pechos atraviesa;
Gente de pié tras ellos se abalanza;
Anda la cuchillada muy espesa;
Rompen entrañas y abren corazones
Las pelotas y duros perdigones.

El brazo se cercena con el hueso;
Llueve sangre del duro desafío;
Grande priesa les dan, mas no por eso
Ven desmayar al bárbaro gentío,
Pues cuanto su destino mas avieso,
Mostraban mas valor y mayor brio;
Y así formaron escuadron unido
Que nunca después pudo ser rompido.

Y los que ya de flechas carecían,
Que no gastaron números pequeños,
De los robustos arcos se valían,
Que no son menos que rollizos leños,
Con cuyos golpes grandes rebatían
Las lanzas, los caballos y los dueños,
Trabajando llegar á la ladera
Para se reducir al escalera.

Procuran impedirles los lugares
Los caballeros, viendo su concierto;
Mas á los sagitarios singulares
El viento mostró pelo descubierta,
Por donde traspassados los ijares
El un caballo dellos cayó muerto;
Y desta suerte van en remolino
Sin poder estorballes el camino.

Tomaron en efecto la subida,
No menos los heridos que los sanos,
Dejando diez y ocho sin la vida
De los mas señalados y lozanos;
Viéndose Jebo pues ir de vencida,
Esto habló con nuestros castellanos:
«Hoy por engaños ha sido la vuestra,
Y mañana quizás será la nuestra.

» Bien podeis regalar aquellos potros
Porque tengais socorro caballuno:
Que tras unos recuentros vienen otros,
Y no seré yo menos importuno
Hasta que de nosotros ó vosotros
Uno no quede vivo ni ninguno:
Que la gente de Bonda no se cansa,
Ni fortuna podrá hacella mansa.»

Ensangrentando pues los escalones,
Con esto consolaban su zozobra;
Mas en sus alterados corazones
El placer falta y el pesar les sobra:
Los nuestros, todos libres de lesiones
Apriesa vuelven manos á la obra,
Unos tapiando y otros dando tierra
Y todos armas prestas para guerra.

Parte velan la senda y el camino
Atalayando toda la frontera;
Otros hachean el teoso pino
Y ponen en concierto la madera;
Otros mondan las ramas del espino
O planta que será buena solera
Para ranchos que dentro de los muros
Hacían para mas estar seguros.

Vinieron en aquesta coyuntura
Los de Macinga, poblacion notoria,
So color de dar paz, y por ventura
Antes no la tenían en memoria;
Mas como quien sus tierras asegura
Dieron el parabién de la victoria,
Ayudas y favores prometiendo
Para la obra que se va haciendo.

Desto se recibió harto consuelo
Por los que á todas horas trabajaban,
Viendo que les venía muy á pelo
El ayuda que tanto deseaban;
Y así ya por temor, ya con buen celo,
Los bárbaros ya dichos ayudaban,
Cuya labor no fué tan sin aliento
Que no fuese con grande crecimiento.

Sabido por los bondos el ayuda
Que daban indios á los andaluces,
Procuran enviar á quien acuda
Con macanas, con flechas y gorguces,
Y entrellos de la gente mas aguda
Seis ó siete con buenos arcabuces,
Tan bien ejercitados en la mira
Que nadie dellos yerra donde tira.

Estando todos pues apercebidos,
Bajaron sin hacer vanos bullicios,
Y viendo dos ó tres indios subidos
En buñíos haciendo sus oficios,
Con arcabuz despierta los dormidos
Jebo, según se supo por indicios,
Y el muslo pasa de Juanico Minga,
Capitán de los indios de Macinga.

Cada cual de los seis luego dispara
El suyo, sin topar á quien ofenda;
Los nuestros viendo cómo se declara
Por los indios beligerla contienda,
El arma necesaria se prepara
Dejando de hacer otra hacienda;
Y así salieron todos á buscallos,
Los seis ó siete dellos en caballos.

Puesto por orden el cristiano bando,
Arcabuces con diestros rodeleros,
En dos alas se fueron allegando
A los cerros y términos fronteros
A las alturas dellos apuntando
Con los fogosos globos y lijeros,
Donde los poseores de la roca
Aprestaron las manos y la boca.

Porque según sus viejas condiciones
Levantán algazara, saltan, gritan,
Mas viendo humear nuestros cañones
Con gran velocidad se precipitan,
Y desde los ya dichos cerrejonos
Con retorno de flechas los visitan;
Pero duraron poco, porque luego
Dejaron á los nuestros en sosiego.

Y no se supo si la despedida
Fué porque recibieron algun daño;
Pero quedó sin muerte ni herida
La gente del católico rebaño;
Mas no por eso mal apercebida,
Antes con miedo de mayor engaño;
Tanto, que cuando van por agua ó leña
Arcabucean la cercana breña.

Y para descubrir maldad cubierta
No fueron diligencias sin provechos,
Pues un dia sin verse cosa cierta
Disparan recelando los acechos,
Y en dos fuertes gandules abren puerta
Dos balas por enemigo de los pechos;
Los otros, como vieron estos muertos,
Con grita se hicieron descubiertos.

Los cuales bien pensaron darse maña
En tomar la venganza destas muertes;
Mas á la grita sale la compañía
De los que trabajaban en los fuertes,
Y así no desamparan la montaña
Los indios, ni pudieron hacer suertes,
Antes se meten á lo mas espeso
Con esperanza de mejor suceso.

Pues como gente que de sí confia,
Este juzgaban por su mejor rato,
Y así nunca jamás tuvieron dia
Que se pasase sin algun rebato;
Mas como lo pasado les dolia
Bajaban con grandísimo recato,
Y en los cerros cercanos y fronteros
Subidos, les hacían estos fieros.

«¿Y de qué sirve trabajar en vano,
Gente vil, apocada, burladora,
Pues cuanto trabajáis este verano
Hemos de deshacer en una hora?
¿Quién te hizo valiente, Campuzano?
¿Ah Torquemada! ven por la demora;
Las indias hilan ya vuestras desquilas
Para meteros dentro de mochilas.»

En tanto que estas cosas sucedían,
So color de vender mantenimiento
Algunos otros indios acudían
A ver la fortaleza y el asiento,
Y en paga de las cosas que traían
Ninguno revolvia descontento;
Traían yucas, plátanos, auyamas,
Manzanas olorosas, piñas, guamas.

Y un robusto gاندul, de miembros llenos
Alto, fornido, bien proporcionado,
Llamado Tiguer, con un ojo menos,
En varias guerras bien ejercitado,
Con una carga de plátanos buenos
Llegó con otros indios al mercado;
Preguntan ¿cuánto? los que la pretenden,
Y respondió diciendo: «No se venden;

»Pero si de vosotros hay quien pruebe
En la lucha mis fuerzas y mis huellas,
Deposite cualquiera que se atreve
Dos reales de plata contra ellos;
Y si pudiese mas, gratis los lleve
Y á su contento pueda gozar dellos,
Y si mis brazos fuesen mas cabales
Quedaránseme con los dos reales.»

De la cristiana gente que se halla
Presente, como vieron tanto brio,
Ningunos aceptaron la batalla
Ni salieron al dicho desafío;
Y así cada cual dellos mira y calla
Mostrándose con un semblante frio,
Bien que quisieran ver este certamen
Mas ninguno de sí hacer examen.

Mas el Antonio de Torquemada,
Capitán señalado desta gente,
Viendola toda casi demudada
Y uno y otro hablar confusamente,
Con una cierta risa disfrazada,
Al dicho Tiguer dijo lo siguiente:
«¿Para qué quieres intentar contienda
Adonde pierdas crédito y hacienda?»

» De buena gana cada cual te escucha
Y el mayor y el menor esta rabiando,
Para meter las manos en la lucha
Sin esperar mas tiempo que mi mando:
Mira que todos tienen fuerza mucha
Y al cabo tienes de salir llorando;
Si con la tuya vives á contento,
No te pongas en este detrimento.»

Responde: «Puesto caso que así sea,
No vemos esa fuerza tan patente
Que me fuerce razón á que la crea
Hasta que su valor experimente;
Será mi desengaño la pelea,
Y así la pido con el mas valiente,
Y tú ten las apuestas, si saliere,
Para dallas á quien las mereciere.»

El Torquemada dijo: «Pues porfias,
Presto verás aqúeste desengaño,
Y así quiero vencer tus valentias
Con el mozo menor que viste paño;
Mas tus quejas después serán baldias
Si de la lucha te viniere daño,
Y los reales, si vencedor vienes,
En tu bolsa haz cuenta que los tienes.»

Luego señaló cierto compañero,
Dicho Diego Rodriguez, no menudo
Ni grueso, pero joven: es lijero,
Medianete de cuerpo y espaldado,
El oficio del cual era platero
Y en las presas de lucha nada rudo,
En todas las posturas maña varia,
E hijo de las islas de Canaria.

Habia por delante plaza llana,
Bien limpia de cualquier inconveniente,
En torno mucha gente castellana
Y en el mismo compás bárbara gente:
Allí con el frescor de la mañana
Se ven el uno y otro combatiente,
Como si fueran Hércules y Anteo,
A lo menos iguales en deseo.

Desnudos miembros el gاندul robusto
Y limpios del paléstrico ceroma,
Aquella parte que le dió mas gusto
Del lugar que decimos, esa toma;
Diego Rodriguez con vestido justo
Muslos y partes impudentes doma:
Ambos se van llegando con gran tiento
Y en los rostros algun demudamiento.

Firmes los piés, los brazos estendidos,
Entrambos iban por la llana mesa,
Los ojos vigilantes y advertidos:
Arremetieron para hacer presa;
Ya los atletas dos andan asidos;
Resuena con bufidos la dehesa;
Bien tienen menester la plaza larga
Según el uno sobre el otro carga.

Ambos reguardos dan á las gargantas
Y á las partes que pueden dallas pena;
Las prestezas de vueltas eran tantas
Cuántas un remolino desordena;
La tierra se rompía con las plantas;
Desgarros grandes hay por el arena;
Del gran reholladero de la rueda
Los cubría nublada polvareda.

No reposan en unos mismos puestos
Aqui y allí les lleva furia loca;
Los indios que los miran hacen gestos
Queriendo ver su Tiguer hecho roca;
Hasta los españoles mas enbiestos
Hacían mil visajes con la boca:
Uno se tuerce y otro se menea,
Y cada cual sin pelear pelea.

Bien como cuando dos toros valientes
Muestran sus furias en el campo verde,
Y hacen con los golpes de las frentes
Al ganado dormido que recuerde;
Crecen impetuosos accidentes
Y el que tierra ganó luego la pierde,
Y el perdidoso vuelve mas atroce,
Y superioridad no reconoce:

Esta manera cada cual se muestra
En su postura y en su movimiento,
Sin que del gran rigor de la palestra
Se pueda declarar el vencimiento:
Está dudosa ya la gente nuestra
Y no menos el bárbaro convento,
Viendo que el español en la congoja
Cuanto trabaja mas menos ajoja.

Andando pues trabada la rencilla,
Diego Rodriguez con honroso celo
No sé cómo se puso la rodilla
A tiempo que le vino muy á pelo,
Y de tal suerte fué la zancadilla
Que dió con el gandul en aquel suelo,
Diciendo: «Perro, ¿tú no me conoces?»
Y dióle luego tres ó cuatro coeces.

Después que sus furiosos ejecuta,
Con él se fueron hasta la posada
La gente principal desta conduta
Por mandado del dicho Torquemada,
Y él ocupó los dientes en la fruta
A fuerza de sus brazos granjeada,
Jurando que dulzuras de panales
Para su paladar no fueran tales.

El indio Tiguer bien arrepentido
De tomar con sus manos aquel baño,
Fuése corriendo por quedar corrido,
Y tuvo sentimiento tan extraño
Que por allí jamás hombre lo vido
Ni pareció por mas tiempo de un año;
Pero vino después, mas no tan teso,
Sino con un poquillo de mas seso.

Otro gandul entonces y en aquella
Coyuntura que fué lo del atleta,
Con gran instancia pide para vella
Que le cargasen bien una escopeta,
Estimulado de tirar con ella;
Mas el soldado con razon discreta,
Le dijo: «Mira que no te conoce
Y sé que te dará terrible coce.»

El indio dijo: «Vete en hora fea
Con otros á hablar esas razones,
Que yo no tengo para qué las crea,
Entendiendo do van tus intenciones,
Porque yo no soy negro de Guinea
Para no conocer estos cañones;
Echale la carga si quisieres,
Y verás cómo doy do me dijeres.»

El Esteban Gonzalez enojado
Dos cargas le metió dentro del seno,
Redondo plomo puesto y ápretado,
De muchos tacos el cañon relleno;
Y cuando para juego tan pesado
A él le pareció que estaba bueno,
De polvorin la cazoleja hecha,
El arcabuz le dió con viva mecha.

El dispuesto gandul la coce puso
Do la suele poner el que bien tira,
Por do manifestaba tener uso,
Y que su blasonar no fué mentira;
El serpiente fumoso se dispuso
Y el blanco disponia por la mira;
El gandul apretó la mano luego
Y en ese mismo punto tomó fuego.

Dió tan terrible golpe y estampida
Como si se soltara verso grueso,
Tanto que el indio loco dió caída,
Como la carga fué con grande esceso,
La carne de los hombros despedida
Y fuera de los límites el hueso:
Llegaron muchos por tener por cierto
Que el misero gandul estaba muerto.

Aquel que fué la causa destes males
Para lo remediar tomó la mano,
Que digo ser el Esteban Gonzalez
Hoy en aqueste pueblo cirujano;
Y con los necesarios materiales
Dentro de pocos dias lo dió sano,
Y el indio que hablaba de la oseta
No quiso tirar mas con escopeta.

Cuando pasaban estas circunstancias,
Los bondos no vivian sin bullicio,
Mas antes salteaban las estancias
Y en ellas captivaban el servicio,
Aprovechándose de las substancias
Del rústico trabajo y ejercicio,
Y prendieron también del Torquemada
Un negro que guardaba su manada.

Y porque desto fuése mas pesante,
Dos indios de los desta cabalgada
Salieron de aquel monte circunstante,
Quedando los demás en emboscada,
Y al Torquemada ponen por delante
La presa que traian maniatada,
Porque si vienen á quitar la pieza,
A su salvo le den en la cabeza.

Y en efecto salia cierta banda
De la gente mejor y mas hidalga,
A causa de que el negro con voz blanda
Y lastimosa pide quien le valga;
Mas Torquemada con rigor les manda
A grandes voces que ninguno salga,
Por entender las mañas y cautela,
Y la gran multitud que el bosque cela.

Mas un arcabucero diligente,
Que se decía Pedro de Ribera,
Apuntó bien con el cañon ardiente
Al uno de los dos que estaban fuera,
Y dióle por lo alto de la frente,
Partiéndole por medio la mollera:
Dos ó tres vueltas dió con desatiento,
Perdida ya la vista y el aliento.

El otro, como vido su pariente
Del resuello vital desamparado,
Dió con flecha mortal á mantenido
Al negro que traian amarrado,
Y al compañero, de la luz absente,
Sobre sus hombros lo llevó cargado
A la montaña, pasos abreviando,
Do los otros estaban esperando.

El negro, como nadie lo tenia,
Con piés lijeros hizo su huida,
Mas ¿qué prestó huir? Pues otro día
Al miserable le huyó la vida,
Sin que pudiese nuestra compañía
Algun remedio dar á la herida;
Los indios huyen, porque ya sus hechos
Eran tan solamente por asechos.

Con estos ocupaban el sendero
Esperando ver gente divertida,
Y entonces á cualquiera compañero
Español no sobraba la comida:
Estaba pues un guayabal frontero
Cerca de do tenían su manida,
Y gente chapetona mal instruta
Entraban á coger aquella fruta.

Y así porque tenia la celada
Que podría cubrir el arboleda,
El capitán Anton de Torquemada
Con penas y amenazas se lo veda;
Pero como con gente mal criada
No todas veces prohibirse pueda,
Hizo meter allí ciertos soldados
Ocultos y de flechas preparados.

Para que si personas desmandadas
Entrasen á los frutos referidos,
Tirasen silbaderas despuntadas
Que les amedrentasen los oídos,
Y abreviasen al fuerte las pisadas
Sospechando ser indios abscondidos,
Porque con esta falsa diligencia
Tuviese cada cual mas advertencia.

Abseñóse pues Esteban Gonzalez,
Y con él Aravaca su vecino:
Luego vieron llegar á los frutales
Un Izaguirre, mozo vizcaíno,
Con otros dos mancebos sus iguales,
Los cuales con hambriento desatino
Comienzan á comer del fruto bueno,
Y á meter en la boca y en el seno.

Los abscondidos tras matas fronteras
Por ponelles temores y escarmiento
Tiraron tres ó cuatro silbaderas;
Huyen los vizcaínos al momento
Como tres velocísimas galeras
Impelidas de remos y de viento,
Y á grandes voces dicen deste modo:
«Arma, arma, que viene sierra todo.»

» Por orden luego, buenos escuadrones,
Daca, rodela grande y azagaya,
Porque, juras á tal, flechas montones
Venian sobre hijos de Vizcaya.»
Causaron estas voces turbaciones,
Y nadie dellos sabe dónde vaya
Porque de ningún indio ven la cara
Ni suena de contrarios algazara.

Echan sillas y frenos á rocines,
Previénense las armas que convienen,
Y con alborotados desatinos
Preguntan todos por adónde vienen,
Y respondianles los vizcaínos:
«Guayabos abscondidos te los tienen,
A mal viaje hagás salvajina,
Y como tiras flecha que rechina.»

Andando pues la gente negociada
Aunque piugun contrario se divisa,
El capitán Anton de Torquemada
Apenas puede comportar la risa;
Todavía con voz disimulada,
Sin descubrir el hecho, les avisa
A todos que procuren adelante
No se poner en riesgo semejante.

Con aqueste temor se reportaban
Aquestas gentes ya menesterosas,
Y así cuando la fruta procuraban,
Llegaban muchos, y ante todas cosas
Aquellas partes arcabuceaban
Que parecían ser mas sospechosas,
Y en tanto que en coger los unos tardan,
Otros los velan, miran y guardan.

Pero los alimentos mas granados
Como de la ciudad los esperasen,
Torquemada mandó trece soldados
Para que los caminos franqueasen;
Los bondos pues no son tan descuidados
Que no los viesen luego y asechasen,
Encubriéndose cerca de sus huellas
Para cuando volviésen dar con ellos.

Fueron los trece acia Mamatoco
Para ver si venia bastimento;
Los indios en la parte que ya toco,
Perseverantes en su mal intento,
Vieron tres de caballo desde a poco
Que de los trece van en seguimiento;
Dejáronlos pasar por ir armados
Y los caballos bien encubiertos.

Pues como la primera compañía
Llevase limitado su camino,
Paró segun el orden que traia
Para volver al fuerte de do vino,
Viendo que de la mar nadie venia,
Y se llegaba tiempo vespertino;
Mas luego sin pasar mucha tardanza
La gente de caballo los alcanza.

Diéndoles que vuelvan al instante
Donde quedaba la demás compañía,
Porque los tres pasaban adelante
Hasta ver la ribera que mar baña,
Y que no hallarán quien los espante
En la senda que va por la montaña,
Por pasar ellos sin que se sintiese
Alguna cosa que de riesgo fuese.

Por esto los peones, sin sospechas
De los indios que estaban emboscados,
Apagaron el fuego de las mechas
Algunos neciamente confiados;
Pues en entrando caen tantas flechas
Como gotas espesas de nublados,
Y antes que se revuelva ni se valga
Al Caravaca hieren en la nalga.

Con otra le pasó tupido sayo
Al Esteban Gonzalez un moznelo:
La barriga rompió, mas á soslayo,
Causándole tan intimo recelo
Que con el golpe grande y el desmayo
Tocó con las espaldas en el suelo,
Y al mismo punto con furor insano
Salieron ocho por echalle mano.

Pero hallóse junto Juan de Alba,
Fidalgo portugués, que lo levanta,
Y al tiempo que de aquel riesgo lo salva
Una flecha llegó con fuerza tanta
Que voló la montera de la calva,
Clavándole con la frontera planta,
Y allí se la dejó clavada y rota,
Segun están orejas en picota.

Pues como la canalla los lastima,
Y pone turbacion al mas entero,
Bartolomé Carrasco los anima,
Mancebo cordobés arcabucero,
Y los llevó hasta poner encima
Del mogote mayor que está frontero,
Donde con brevedad mechas encienden,
Y con los arcabuces se defienden.

Viendo que los cristianos representan
Quererse defender y atan ofendellos,
Los indios con lo hecho se contentan,
Y antes de les venir nuevos resuellos
Del emboscada huyen y se absentan,
Sin padecer desdeñ ninguno dellos;
Luego del fuerte salen andaluces
Al estampido de los arcabuces.

Llegaron muchos bien apercebidos
Para los socorrer en la presura;
Pero como los indios eran idos,
Y nadie suena por el espesura,
Recogieron al fuerte los heridos
Para ponellos, en dudosa cura,
Y aunque cortaron carne y hubo fuego,
El pobre Caravaca murió luego.

Otro soldado, que se dijo Teledo,
Segun dicen, del reino de Toledo,
Un sutilísimo rasguño lleva
Entre las coyunturas del un dedo;
Nunca se hizo medicinal prueba,
Porque su poquedad no pso miedo,
Pero rabiando concluyó la vida,
Con no tener semeja de herida.

Quedó herido pues en la barriga
El Esteban Gonzalez, cirujano,
Y padeció martirios y fatiga
Perseverante en su mal intento,
Vieron tres de caballo desde a poco
Que de los trece van en seguimiento;
Dejáronlos pasar por ir armados
Y los caballos bien encubiertos.

Al tiempo pues que ya tenían llenas
De tierra las paredes de los muros,
Y en torno levantadas las almenas,
A cuyo respaldar estén seguros,
Y en lo mas bajo prevenciones buenas
Que puedan contrastar males futuros,
El don Luis envia nueva cierta
De que tienen cosarios á la puerta;

Y que para defensa de la playa,
Do cada cual tenia su hacienda,
La poca fuerza della lo desmaya,
Pues no son parte para poner rienda;
Y así se les mandó que luego vaya
Presidio largo con que se defienda;
Y en cumplimiento desto Torquemada
Envió gente bien aderezada.

Y como por sus letras les espresa
Que corria notable detrimento,
Los soldados se dieron tanta priesa
Por escusar aquel desabrimento,
Que llegaron, segun fué su promesa,
En menos de tres horas mas de ciento,
A hora deseada y oportuna,
Pues ellos y el francés fueron á una.

El cual, reconocida la falanga
Que de gente de pié se muestra fuera,
Y de los de caballo buena manga,
Que también rodeaban la frontera,
Volvió con sus navios á Taganga,
Ancon de los que tiené la ribera,
Donde luego surgió y en tierra salta
A fin de tomar agua que le falta.

Sabiendo don Luís cómo tenía
El puerto que decimos ocupado,
Allá llevó por tierra compañía,
De cuyo valor iba confiado,
Y con los arcabuces que traía
Lo hizo retirár mal de su grado,
Y á vela y remo sale de los puertos
Con algunos heridos y otros muertos.

Salidos á la mar los luteranos,
Huyendo del beligero rebato,
Los que para robar quedaron sanos
Recompensaron el pasado rato
Con venillas á dar entre las manos
Una naveta del comun contrato
Que traía de mas de marineros
Alguna cantidad de pasajeros.

Holgáronse con las mercaderías,
Por ser la cargazon de blanco y tinto,
Y con aquellas presas compañías
Volvieron al ancon que llaman Cinto,
Donde se detuvieron ciertos días,
Que llegaron á ser número quinto,
Y resgataron oro y otros dones
Con los indios que moran los ancones.

Entre tanto los bondos avisados
De todos los negocios sucedidos
Y de cómo los mas de los soldados
A defender los puertos eran idos,
Al fuerte vienen bien aderezados,
Donde estaban los pocos recogidos;
Cercólos luego bárbara corona
Por mandado del nuevo Macarona.

Los buhios y ranchos que están fuera
Primeramente fueron encendidos;
La vocería de la gente fiera
Rompe los aires con sus alaridos;
El encerrado capitán espera
Cuando serán los muros combatidos,
Para que visto tiempo conveniente
En su defensa haga lo posible.

Llegaron pues los indios inquietos,
Encaminando flechas por la cumbre;
Españoles callados y secretos
A los cargados tiros ponen lumbre,
Pero no fueron tales los efetos
Que pudiesen causalles pesadumbre,
Por llegar, temerosos del engaño,
Por donde no les puede venir daño.

Y ellos tiemplan la vira cuando hieren
Los altos aires por do va derecha
Con tanto tan sagaz, que lo que quieren
Enclavan á la vuelta con la flecha;
Por estas vias españoles mueren,
Si maña no les da cubierta hecha,
Y agora ya ninguna les acierta
Por tener un terrado por cubierta.

Combatían los fuertes aposentos
Segun que suele furiosa saña,
Mas no pueden salir con sus intentos
A causa de no darse buena maña;
De mas de que faltaban instrumentos
Del globo que los muros desentraña;
Pero duraron sin cesar porfias
Espacio de dos noches y dos días.

Y como don Luís ya conocía
Las inmites y duras condiciones
Que inquieto bárbaro tenía,
Temándose de sus alteraciones,
Dándoles provision, al tercer día
Mandó volver aquellos escuadrones;
Y cuando descubrieron por los llanos
Dejaron el empresa de las manos.

Apartáronse del alojamiento,
Pero no de sus mañas y reveses,
Pues para no venir en rompimiento
Necesidad les hizo ser corteses;
Y dicen que salieron con intento
De se comunicar con los franceses,
Por saber que se estaban reparando
Y en el ancon de Cinto resgatando.

Tuvieron luego por aviso cierto
Haber de Cinto ya hecho desvío,
Dejando mal parados en el puerto
Los que robaron en aquel navio,
Do ninguno dejara de ser muerto
A no les socorrer con buen avio
El don Luís que de un indio ladino
Tuvo razon del mal que les avino.

Y así certificado, mandó luego
Que fuesen al ancon treinta soldados
Para sacallos del insano fuego
De que estaban los pobres rodeados;
Y por estar el mar en gran sosiego
Fueron en seis canoas aviados,
En las cuales llegaron al abrigo
Donde estaban los naufragos que digo.

En la sobresaltada compañía
El gozo y el contento fué supremo,
Y de tal cualidad el alegría,
Cuando vieron llegar cristiano remo,
Cuanta puede sentir el que se vía
De peligro mortal en el estremo,
Y teniendo por cierta su caída
Sobrevino socorro de la vida.

De lo que se les dió comen y beben;
Quérenlos embarcar, y de repente
Los vientos circunstantes el mar mueven
Con tal furor que no se les consiente;
Paréceles á todos que no deben
Fiarse del cerúleo tridente;
Desvíáronse pues de la mar fonda,
Y por tierra se fueron hasta Bonda.

Quedaron en el fuerte detenidos
Los que del francés fueron salteados,
Tostados, flacos y descoloridos,
Y desnudos, descalzos, destocados;
Pero de su pobreza de vestidos
Repartieron con ellos los soldados,
Hasta que diese provision del cielo
Otro remedio de mayor consuelo.

Como creciesen pues alteraciones
En el ancho reinado de Neptuno,
Guió la proa acia los ancones
Aquel cosario para tomar uno,
Y en Chenque largó cables y resones
Por ser puerto seguro y oportuno,
Entre tanto que las ondas mudables
Ofrecían carreras navegables.

Sabiendo los franceses ser entrados
En Chenque por huir las tempestades,
Jebo hizo sus piés apresurados
A celebrar con ellos amistades;
Indios llevó consigo desarmados
Para representar seguridades,
Y en poniendo los piés en la ribera
Mostró señal de paz, blanca bandera.

Los navegantes, no sin gran recato,
Envían un bajel en el cual vino
Un vascongado con quien un buen rato
El Jebo razonó como ladino,
Diciéndole que vienen á contrato
Y que traían joyas de oro fino;
Y el navarrisco, que por ellas muere,
Dijo que le daré quanto pidiere.

Que traían buen vino de Sorrento,
Hachas, machetes, coseletes, cotas;
Jebo responde: «Mi mayor intento
No fué comprar el vino de tus botas,
Mas la playa tendrás muy á contento
Si pólvora me dieres y pelotas
Y algunos arcabuces competentes,
Que sean lisos, limpios y sin fuentes.

Como Jebo ceñía espada y daga,
Entienden que de veras lo decía,
Y con tan buenas joyas los amaga
Que le vendieron quanto les pedía;
Y es cosa credera que la paga
Fué siete veces mas que merecía;
Al fin los indios vuelven á sus nidos
De pólvora y pelotas proveidos.

Y en todo tiempo, donde residian,
En las horas nocturnas y quietas,
Para velar personas se ponian
De las mas avisadas y discretas,
Y al tiempo que los cuartos se rendian
Disparaban cargadas escopetas,
De tal manera que cristianos hartos
Oyéndolas también rendian cuartos.

Así que, si recuentros sucedian,
Allende de los arcsos y las flechas,
También con arcabuces acudian
Algunos dellos ya las cargas hechas,
Frascos que de los hombros dependian,
En los brazos los rollos de las mechas,
Las cabezas cubiertas con celadas
Y todos los mas dellos con espadas.

En esta sazón pues el fuerte estaba
Para se defender del enemigo,
Y el dicho don Luís á quien tocaba
Tener en la ciudad mejor abrigo,
Allí dejó la gente que bastaba
Y toda la demás llevó consigo,
Y por los bajos valles ó por altos
Salían á hacer algunos saltos.

Cuadrillas de soldados se metian
Cerca de los caminos y las vias
Por do los indios iban y venian
A sus contractos y sus granjerias,
Y por la mayor parte recogian
Algunos por ser diestros los espías,
Y vinoles en esta coyuntura
Un lance de grandísima ventura.

Y fué Jebo pasar por la montaña
Cerca de donde estaban abscondidos
Con breve número que lo acompañía,
Tres indios y seis indias sin maridos;
Y el Jebo de los hechos en España
Lleva sus aderezos y vestidos
Y espada, daga, por bordon jineta,
Y un paje junto con el escopeta.

El Jebo sospechoso destos males
Hacíales apresurar la buella;
Pero salieron águilas caudales
Con gran velocidad á detennella:
Fernán Dominguez y Esteban Gonzalez
Al Jebo por llevar la mejor pella,
Y Orozco y Juan de Alba juntamente,
Y Cordero, caudillo diligente.

Viendo contrarios el gandul membrado
Y tantos españoles de improviso,
Quiere valerse del guzguz agudo,
Pero lugar no tuvo cuando quiso,
Que cuando lo bajaba, ya no pudo,
Porque los cuatro con gentil aviso
Juntáronse con él pecho con pecho,
Sin consentille golpe de provecho.

Mas como tiene fuerzas de gigante,
Nervosas y terribles proporciones,
No pudo la de cuatro ser bastante
A le poner las manos en prisiones,
Sin acudir ayuda del restante
Que pasaba de veinte y seis peones,
Asiéndole de brazos y de dedos
Hasta ligalle brazos y molledos.

Y sin derramar sangre, hecho esto,
Con él y las mujeres se camina,
Haciéndoles venir á paso presto
Para los presentar en la marina,
Porque corrian riesgo manifesto
Si los sentia gente convecina;
Y al tiempo que venían caminando
Las indias todas seis iban cantando.

Viendo las muestras y los pareceres,
Algunos de la gente castellana
Dicen: «Contentas van estas mujeres,
Pues canta cada cual de buena gana;
Di, Jebo, ¿si serán estos placeres
Por parecelles bien gente cristiana,
Y porque salen ya de vuestras redes,
Que las guardais detras de mil paredes?»

El Jebo les responde: «No me espanto
Que levanteis tan falso testimonio,
Pues de vosotros ellas al mas santo
No querian mas verle que al demonio:
Es esa la manera de su llanto,
Y llaman á don Gairo y á don Nonio
Y á don Barco, porque estós son mohanes
Que las pueden librar destos desmanes.

»Y estas no son mujeres labradoras,
Antes en Bonda pocas hay iguales:
Mi mujer una, las demás señoras
Casadas con varones principales,
Como veremos antes de mil horas,
Que cada cual vendrá con sus caudales
Para dar libertad á su querida,
Aunque por precio della dé la vida.»

Estó que Jebo dijo salió cierto,
Como quien los tenia conocidos;
Y así no bien entradas en el puerto,
De paz vinieron todos los maridos
Para hacer con ellos el concierto,
Y cumplir los rescates prometidos;
Mas don Luís pidió por esta suerte
Todo quanto robaron en el fuerte.

No pudieron salir á los partidos,
Y aunque quisieran, imposible fuera,
Por ser bienes á muchos repartidos
Y que se trasportaban donde quiera:
Dieron los que pudieron ser habidos,
Y entrellos las dos piezas de fuslera,
Y con añadir mas de sus haberes
Todos ellos llevaron sus mujeres.

Y aunque piden á Jebo, no por eso
El don Luís cumplió su pedimento,
Antes por sus delitos en exceso
Se procedió por orden mas sangriento:
Pónete defensor, hace proceso,
Dásele crudelísimo tormento,
Y confesó que por sus propias manos
Mató mas de tres veintes de cristianos.

Y él fué quien hizo levantar la tierra,
Y otros atrevimientos infinitos
Durantes los encuentros de la guerra,
De los cuales los menos van escritos;
Al fin, el gobernador lo destierra,
Vistos sus atrocísimos delitos,
Y lo mandó llevar aprisionado
Al navio que estaba preparado.

Ligados piés y manos con prisiones,
Yendo para la dicha carabela,
Bien fuera ya de las reventazones,
Se trastornó la chica canobnela,
Adonde fenecieron sus traiciones
Y todas sus cautelas con cautela,
Y las ondas del mar y su fondura
Le dieron inquieta sepultura.

Fué, demás de su fuerza y aspereza,
En regular la flecha tan perito,
Que pudo competir con la destreza
Del Hércules discípulo de Eurito:
Un tiro solo de su gran destreza
Manda razon que pongan en escrito
En un francés que va con vuelo presto
A la gabia del árbol mas enhiesto.

Donde por ser el término prolijo
Ningun arcabuz llega desde el puerto,
Y este gandul á don Luís le dijo:
«Dime qué me darás si yo le acierto;
Quedareis todos libres de cojijo
Si yo le hago venir al agua muerto.»
El don Luís promete y el vecino
Que le darán un cántaro de vino.

Llegóse luego do la mar batía;
Después que le dió vueltas á la cuerda
Segun el punto que le parecia
Para quel duro tiro no se pierda,
Tentó la flecha que le convenia,
El arco toma con la mano izquierda,
Alrás estriba con el pié derecho,
Tuerce para tirar el ancho pecho.

Encorva los fortísimos pulgares,
Y sale dellos la veloce flecha
Cortando los aéreos lugares
Por do la mandan ir via derecha;
Rompe la dura punta los ijares
Del triste que no tuvo tal sospecha;
Recógele la mar, do su caída
Fué para despedirse de la vida.

Viendo la buena suerte de la jara
Los bárbaros que están en la ribera
Alzaron grande grita y algazara,
Contentos por el premio que se espera;
La suya cada cual dellos dispara,
Mas no llegaron donde la primera;
Trajéronles el vino prometido,
Que fué por todos ellos consumido.

Viendo pues los piratas y cosarios
La obra que hacian las pajuelas,
Tenian por juicios temerarios
Esperar mas tan impias espuelas;
Y así, sin hallar votos contrarios
Procuraron huir á todas velas
Desde donde flecharon al mancebo,
Que fué la parte donde murió Jebo.

Que fué mas por industria que por yerro
Haberse la canoa trastornado,
Para que se cumpliese su destierro
Primero que saliese desterrado,
Por ser para cristianos tan mal perro
Que jamás les dejó de dar bocado,
No faltando después entrestas gentes
Otros tan atrevidos y valientes.

Pues otras muchas veces acudieron
Al fuerte y á los fosos que estan hechos,
Pero ninguna cosa concluyeron
Por faltalles las mañas y pertrechos;
Y aunque valientes bárbaros murieron,
Jamás faltó la furia de sus pechos,
Antes como fortísimos y diestros
Derribaban algunos de los nuestros.

Pues no pudo librarse desta plaga,
Cuando pensaba della ser seguro,
Un Pulgarin, vecino de Azuaga,
Detrás de las almenas en el muro,
Por haber en lo bajo quien amaga
Y no ver en lo alto mal futuro;
Pero cierto gandul de la canalla
A raíz se pegó de la muralla,

Y estando puesto donde deseaba,
Envío su arpon al alto cielo,
Y en faltando la fuerza que llevaba
Que ya no pudo dar mas alto vuelo,
Abajo vuelve y al bajar enclava
El hombro del impróvido mozuelo:
Lloraron todos esta desventura,
Porque su vida fué de poca dura.

Durante pues las guerras y pendencias
Del español y bárbaro vecino,
Nacieron, sobre ciertas diferencias
De pescas en el término marino,
Pesadas y sangrientas competencias
Entre los bondos y los del Dorsino;
Y con aquestas guerras intestinas
Descansaban las gentes peregrinas.

Mas aqueste descanso duró poco,
Porque teniendo preso por tributo
Al indio principal de Mamatoco,
El padre dél, como varon astuto,
Por dalle libertad, un modo loco
Tomó pensando que sacara fruto,
Y fué debajo de sus amistades
Abrasar las cristianas vecindades.

A sus indios el viejo les decia:
« Como la llama por los altos vuela,
La guarda de la cárcel se desvia
A socorrer aquello que les duele;
Llegará luego nuestra compañía
Viendo que ya no tiene quien lo vele,
Y, aunque con grillos, nos daremos maña
Para lo retraer á la montaña.»

Con estas intenciones se congrega
Toda la gente de mayor sustancia,
Y con el nublo de la noche ciega
Caminaron con cauta vigilancia:
El escuadron en breve tiempo llega
Al pueblo por ser breve la distancia;
Mas vieron gentes bien apercebidas
Que velaban entradas y salidas.

He dicho cómo toda la frontera
Desta ciudad es monte y espesura;
La iglesia della tiene algo fuera,
De los tales rebatos mal segura,
Y ocho gandules desta gente fiera,
Viendo por esta parte coyuntura,
Al oratorio santo ponen fuego,
El cual por todas partes ardió luego.

Vistos los resplandores de candela
En tal lugar y en noche tan obscura,
Adevinóse luego la cautela
Y de quién emanaba la locura:
Al arma tocan los que hacen vela;
Acuden muchos á la voz del cura;
Sacaron el divino Sacramento,
Y la posible ropa y ornamento.

El viejo con los otros no se tarda
En ir para soltar el hijo preso;
Pero para ponelle mejor guarda,
Cuando mas confusion hubo mas seso:
Hubo ballesta, lanza y alabarda,
Y españoles con él de mucho peso;
Y los indios por no ser conocidos
Se volvieron confusos y corridos.

Pensando pues que de la maldad hecha,
Por ser ellos de paz, nadie podria
Tener ni concebir mala sospecha,
A los puertos volvieron otro dia
Con intencion que no les aprovecha,
Culpando la rebelde serranía;
Mas con el agua y el cordel molesto
Hicieron su delito manifiesto.

Visto de sus delitos el abismo,
Al viejo con tres otros ahorcaron,
Y precediendo santo catecismo,
Antes que padeciesen se lavaron
Los cuatro con el agua del bautismo,
Porque con gran hervor lo demandaron
Y como no constó ser delincuente,
Ir dejaron al preso libremente.

Después de cumplida la sentencia
Que mereció tan torpe desatino,
El dicho don Luís tuvo licencia
Del rey para seguir otro camino;
Y para le tomar la residencia
El buen don Lope de Orozco vino,
Y por gobernador y por regente,
Adonde permanece de presente.

El rey al don Luís manda que lleve
Cargo de gobernar á Venezuela.
Don Lope resta ver, á quien se debe
El elogio postrero desta tela:
Este quiero cantar, y seré breve;
Pues tratando del Cabo de la Vela
Hice memoria dél en Mocoira
Y de los que mató bárbara ira.

ELOGIO

*de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa
Marta, donde se hace mencion de las cosas en aquella
governacion sucedidas hasta el año de 1583.*

CANTO PRIMERO.

Ya corria la era de setenta
Y seis años del santo nacimiento,
Demás de quince cientos, cuya cuenta
De cuentas es la luz y fundamento,
Cuando don Lope de Orozco tienta
Sulcar la mar y dar velas al viento
Con dos naves fortísimas aposta
Hechas á sus espensas y á su costa.

Trescientos hombres van, buenos soldados,
De gente principal y populares,
De todas armas bien aderezados
Y ropas y atavíos singulares;
Los ciento desta gente son casados,
Dispuestos á poblar nuevos lugares,
Y en ellos con designos y esperanzas
De se valer por crias y labranzas.

Trajo sus hijos, porque con él vino
Don Alonso y don Pedro y otro hermano,
Don Andrés de Pineda, su sobrino,
Hombres para regir guerrera mano;
Porque don Diego ya fué peregrino
En estas tierras y hombre baquiano,
Varon en este reino muy aceto
Y á quien todos tenían gran respeto.

Porque don Lope de Orozco tuvo
En este reino cargos eminentes,
Y en el servicio de su rey anduvo
En Indias por provincias diferentes,
Y aquí no pocos años se entretuvo,
Casando muchos deudos y parientes,
Y á su hermosa hija Mariana,
Ejemplo grande de virtud cristiana.

Agora de sus peregrinaciones
En aqueste compendio no se trata,
Por no poder decir breves renglones
Los naufragios del Rio de la Plata,
Do fortuna le dió de los baldones
Que suele cuando mas se desacata;
Y estos para ponellos en memoria
Han menester particular historia.

Pudiéramos correr á vela y remos,
Segun teníamos materia harta;
Mas como vamos ya por los extremos,
De donde razon pide que me parta,
En esta parte solo tractaremos
Los negocios que son de Santa Marta,
Cuyas revueltas, tramas y marañas
Me dejan quebrantadas las entrañas.

Con esta gente pues conmemorada
Guió don Lope proas al poniente,
La mar algunas veces alterada
Y llena de mortal inconveniente;
Pero pudo llegar á la Ramada,
Donde desembarcó toda la gente,
Porqué en la costa y en aquellos llanos
Está puerto poblado de cristianos.

Por Bartolomé de Alba fué fundado,
Por mandado desta real audiencia,
El año de sesenta ya pasado,
Que llevó deste reino la licencia;
Y aunque fué por algunos contrastado
No pudieron borrar su permanencia:
Es para sementeras tierra franca,
Y llamase la nueva Salamanca.

Por ser tierras de sus jurisdicciones,
Allí fué recibido del vecino,
Y con refrescos y recreaciones
En dar el hospedaje fué benigno;
E informado destas poblaciones,
A Salamanca hizo su camino,
Donde luego tomó la residencia
Hasta que pronunció final sentencia.

De su venida la razon se lleva
A Bonda y á la tierra comarcana,
Y como viesen ya justicia nueva,
Vinieron á la paz de buena gana,
La cual el buen gobernador aprueba,
Y toda aquella tierra quedó llana,
Hallando para esto ser remedio
Quitar la fortaleza de por medio.

Porque por todos gran examen hecho,
Vian ser en cualquiera coyuntura
Las costas muchas y ningun provecho,
Y de los españoles sepultura;
Cesaron pues asaltos y el asecho,
Dudosos trances de la guerra dura,
Y agora un hombre solo no recela
Por tierra ir al Cabo de la Vela.

De donde, por haber seguras treguas
Con todos los caciques del terreno,
Por espacio de mas de treinta leguas
Ha mandado hacer camino bueno,
Y ha metido por él vacas y yeguas,
De quel compás de Bonda tiene lleno;
Porque los que tenían en la tierra
Habían perecido con la guerra.

Puestas todas las cosas en sosiego,
Y dejando recado conviniente,
Al gran valle de Upar se partió luego
Con razonable número de gente,
Llevando su mayor hijo don Diego
Cargo de general y de teniente,
El cual poco después hizo viaje
A Mocoira contra su salvaje.

Por los respetos que mas atrás digo,
Cuando poblaron en aquellos puertos,
Y en la rebelion del enemigo
Los tres hermanos Lermas fueron muertos,
Y fué don Diego para dar castigo
A los culpados en los desconciertos,
Adonde hizo hechos tan notables,
Que á los presentes fueron admirables.

Y un Juan de Sorocois, vizcaino,
Mancebo de no flacas esperanzas,
Cuyo valor á mí noticia vino
Después de las sangrientas destemplanzas,
Paréceme que no fué menos dino
De lo solemnizar con alabanzas,
Pues á caballo con la crúel asta,
No pocos hizo menos desta casta.

Mas con el grande sol que los fatiga
Cansó del Sorocois el caballo;
Cuanto con las espuelas mas instiga,
Tanto menos podia rodeallo;
Y la crúel canalla y enemiga
A manos procuraban de tomallo,
Y cuando su prision via ser cierta,
La lanza de don Diego lo liberta.

Con no menos furor que brava fiera
Revuelve luego sobre los paganos;
El cansado rocin en la carrera
Los piés mostró mas tardos que livianos,
Y dos veces demás de la primera
Don Diego lo sacó dentre sus manos;
Mas no salió tan libre del enojo,
Que no le diese flecha por un ojo.

Por la cuenca rompió de tal manera,
Que no quedó la lumbre del difunta;
El tendal se quitó que quedó fuera,
Y dentro consumió toda la punta,
Y segun pareció, tan larga era,
Que con la nuca, sin salir, se junta,
Y por entonces no se vido cosa
Que mostrase herida peligrosa.

Antes el dicho golpe se le enjuga,
Y todos lo tuvieron por sencillo;
Mas allí se crió cierta berruga,
Y á la parte también del colodrillo
Un cierto torterillo como oruga,
Que crecía segun un lobanillo,
Que tuvo muchos meses, y por donde
Después aquella punta corresponde.